

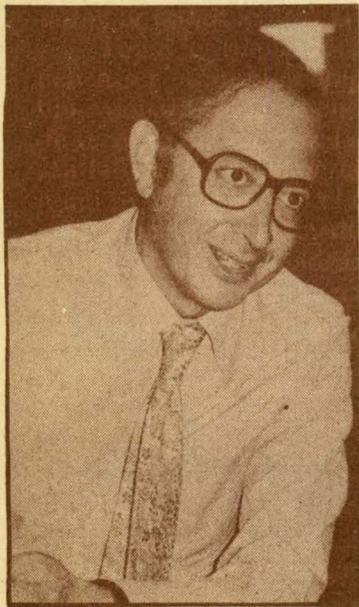
# Hablemos de

# Los Censos

## LA DESCONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES PÚBLICAS, UNO DE LOS ENEMIGOS A VENCER



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Sergio Mota... resultados, este mismo mes.

Ayer, miércoles 4 de junio se levantó en todo el país el X Censo General de Población y Vivienda. Este mismo mes, según le dijo el coordinador general de Estadística, Geografía e Informática, Sergio Mota, a Cristina Pacheco en estas páginas de **Siempre!**, tendremos los primeros resultados. Sabremos, por lo menos en cifras gruesas, si la política demográfica se ha cristalizado en efectos, o si seguimos con uno de los crecimientos poblacionales más acelerados del mundo.

A nadie escapa la importancia de este recuento censal. Todo el hacer público tendría que descansar en información lo más precisa posible sobre los que somos y lo que tenemos. De allí que la Constitución establezca entre las obligaciones de los ciudadanos el ocuparse de

las tareas censales que se les indiquen. Dicho cumplimiento, por cierto, se vio entorpecido por la renuencia de no pocos patrones a dar a sus empleados y obreros las facilidades del caso, a pasar de la exhortación que en tal sentido formuló el gobierno y aun los propios dirigentes de los organismos empresariales más próximos.

Aparte esas dificultades, otras de relevancia tuvieron que enfrentarse para la realización del censo. La incomunicación física en que viven muchos pobladores de nuestro país imposibilita el que sean tenidos en cuenta a la hora de contar cuántos somos. Todavía, pese a que la gran obra caminera mexicana se inició hace poco más de cincuenta años, nos falta mucho por hacer en tal aspecto. Y mientras no lancemos los lazos materiales que nos vinculen entre sí, hasta las tareas básicas como las censales encararán limitaciones prácticamente insuperables. Otras dificultades de comunicación, en este caso culturales, lastran asimismo el desarrollo de las tareas censales. No es poca cosa que la mitad del país padezca lo que los educadores llaman "analfabetismo funcional", es decir, la incapacidad sufrida por quienes aprendieron a leer y a escribir en algún momento pero que de hecho han olvidado hacerlo por desuso o escasa práctica. Ese fenómeno se concentra sobre todo en zonas indígenas y rurales, y en aquéllas el problema es aún mayor por las dificultades idiomáticas, de las que también habló Mota a su entrevistadora la semana pasada.

En estos últimos casos, se habrá tenido que echar mano de personas alfabetizadas o castellanizadas, aunque no vivan en la comunidad. Ello agrega problemas a los que plantea todo censo, pues la desconfianza que en sí mismo provoca el interrogatorio se acrecienta si quien lo practica no es un conocido nuestro, sino alguien venido de fuera que vaya usted a saber para qué quiere emplear los datos que le suministremos.

Y es que en ello radica el obstáculo mayor del levantamiento del censo. Se echará de ver en él el alto grado de desconfianza en las instituciones públicas que la historia ha generado entre nosotros. Los encuestadores saben que una cierta dosis de temor es normal en la aplicación de ese método de investigación social, y

saben también que es frecuente que se den respuestas "socialmente aceptables", es decir, aquellas que sabemos no nos causarán dificultades en nuestro entorno. Pero en el caso del censo la falta de credibilidad del gobierno puede manifestarse de manera indudable.

El público desconfía de las instituciones por una gran variedad de causas y ello se muestra en muchas circunstancias. En julio pasado, para no ir más lejos, presenciemos la notoria aparición de una de esas formas de desconfianza. Es claro que en la generación del abstencionismo, que hizo a la mitad de los empadronados no presentarse en las urnas, la falta de credibilidad del gobierno constituye uno de los ingredientes principales. Todos nosotros hemos oído el razonamiento de por lo menos un abstencionista: ¿para qué vamos a votar, si todo está arreglado de antemano?

Esta creencia de que, hagamos lo que hagamos, de todas formas el gobierno procederá como le plazca o como suponga más conveniente, con el fundamento de que posee mayor información y por ella está más capacitado para saber qué es en realidad lo que conviene a los ciudadanos nos viene de lejos. Las tribus mexicanas eran regidas con frecuencia por cacicazgos en donde la autoridad no podía discutirse, pues se imponía por la fuerza, ya fuera material o ideológica. Y para colmo, fuimos conquistados por un país donde el despotismo sobrevivió mucho más tiempo que en otras naciones de Europa. La muy citada expresión del marqués de Croix, según la cual los habitantes de la Nueva España habían nacido para callar y obedecer, y no para involucrarse en las altas cuestiones del gobierno no es sólo expresión pintoresca de un autoritarismo personal, sino la esencia de la filosofía política de la época. Y más tarde, ya independientes, nuestros hombres públicos no provocaban los mínimos estímulos para que se les concediera crédito. ¿Cómo iba a creer en los políticos la población mexicana si el primero en levantarse contra el Imperio de Iturbide y en proclamar la República fue Antonio López de Santa Anna, el mismo que treinta años después se haría llamar Su Alteza Serenísima en un paso previo a proclamarse emperador? ¿Cómo no iban los mexicanos a sonreír con escepticismo al comprobar que el lema consagratorio de la "no reelección" fue primitivamente acuñado por don Porfirio, que quiso descalificar a Juárez aludiendo a su prolongada estancia en el poder y él mismo la superó con creces?

Pero mentiríamos si no tuviéramos en cuenta cómo el capitalismo tardío y el conservadurismo de un sistema político que nació para garantizar la vigencia de principios revolucionarios han confluído y se han coludido para acentuar en las últimas décadas la simulación política, causa principal del descrédito público. La simulación, en efecto, en junto con la corrupción uno de los pilares de nuestra codiciosa forma de relación social, política y económica. El capitalismo salvaje establecido entre nosotros ha elevado la ganancia y la riqueza resultante de su acumulación en el valor social más apreciado. Aquel que no la logra es un desgraciado, un frustrado que sólo a partir de sus limitaciones para hacer dinero puede enjuiciar ese fundamental motor del hacer en sociedad. Ese capitalismo salvaje es el que nos lleva a morir lentamente cada día, por ejemplo, atosigados por una contaminación que no se puede frenar porque su limitación supondría también la de la expansión industrial y de los servicios que la generan.

Pero como sería imposible que todo se dijera, por los responsables de ello, de esa manera descarnada, se inventa un lenguaje encubridor. De un niño que discu- (Segue en la página 70)